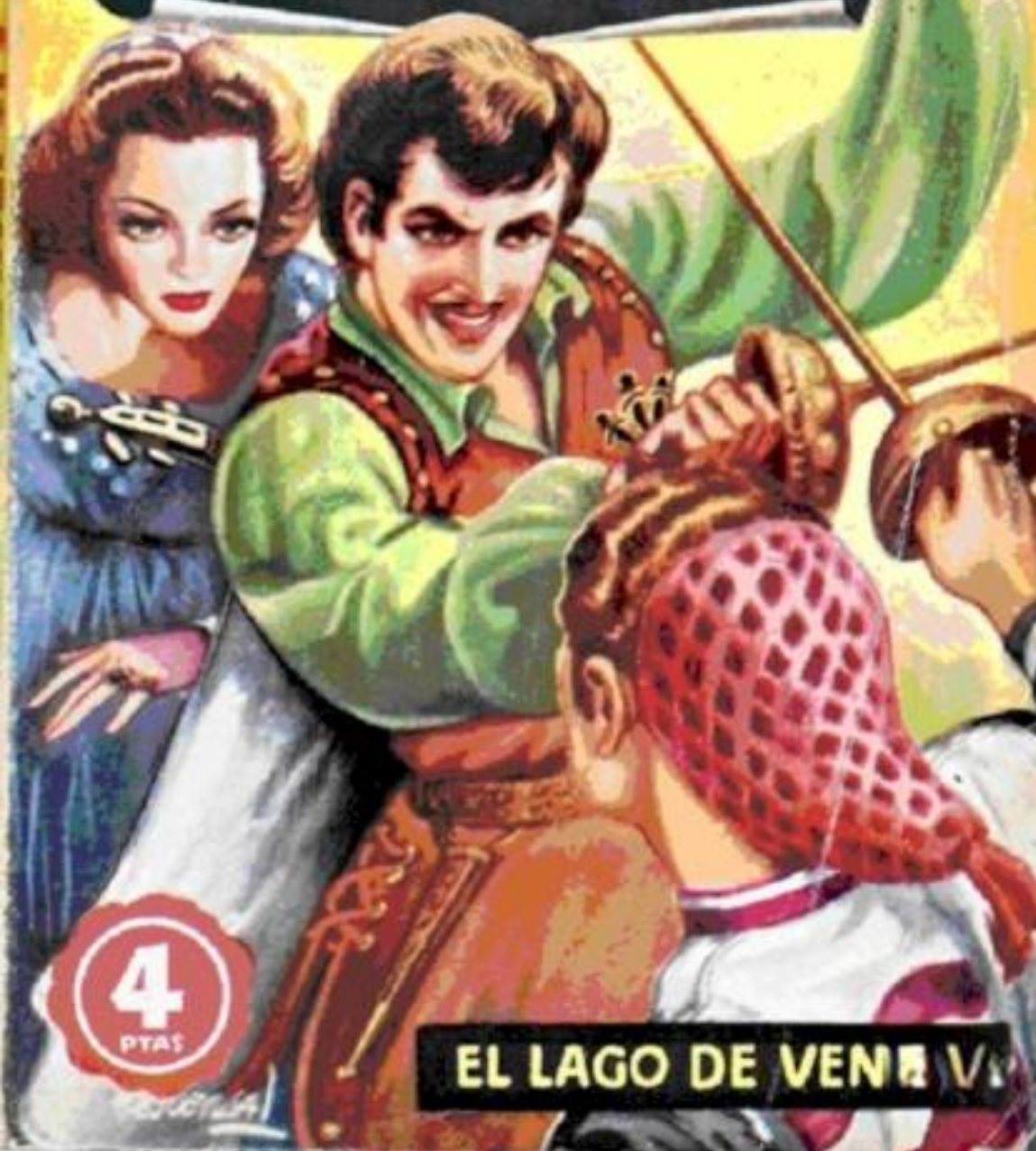


ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



4

PTAS

EL LAGO DE VENIS V

Luis Gallardo, suplantando ya de forma plena a Dago Corsi y aliado con la poderosa Madona Altiera de Montemar, decide convocar a todos los bandidos de Córcega en el lago de Venus, el bello lago subterráneo que se encuentra en la imponente cueva a Anfitrite, cerca de Ajaccio; su autoridad la ejerce acompañado de Bembo y de Delfín Lechuga y su objetivo es crear una fuerza armada que pueda plantar cara a franceses y genoveses, que codician la isla. Al mismo tiempo, para conseguir suplantarlo correctamente a Corsi, el galante aventurero obliga al astrólogo y truhán Piero Bassano a que escriba la biografía del bandido al que está suplantando. Este núcleo de pícaros se ve inmerso en una compleja trama política en la que intervienen los tres hermanos Renzo, el condotiero Ugo Paolo Renzo Faciatosta y sus dos hermanos, el pérfido Conrado Polo Renzo y la bella y viuda Alessandra Renzo; Conrado querrá matar a Alessandra y robar el poder a Ugo pero la intervención de Corsi/Gallardo y el amor que siente por ella uno de los esbirros de Conrado —Gubio Orsini— evitará el crimen. Gallardo consigue reunir en la cueva de Anfitrite a los tres hermanos y allí consigue la redención de Alessandra, la muerte ejemplar del miserable Conrado y la complicidad de Faciatosta, que se compromete a hacer público su amor por Madona Altiera; al mismo tiempo consigue desenamorar a ésta pues aparece ante sus ojos abrazado a la libidinosa Bárbara. Mientras esto ocurre, Madona Altiera de Montemar ha encerrado en una lóbrega mazmorra al auténtico Corsi, encadenándolo de por vida y ocultándolo bajo una máscara de hierro; lo que ella no sabía es que Corsi había profesado palabras de amor a Alicia de Montemar y que ésta, al ver a su hermana encerrando un enigmático preso, tuvo la intuición de ir a visitarlo; al hacerlo descubre al bandido que la fascina, lo libera y se desmaya. Corsi la deja en la mazmorra y se da a la fuga anunciando una terrible venganza.

CAPÍTULO PRIMERO

EL BUITRE ENCADENADO

Desde las almenas del castillo de Montemar hasta la extensión azul del Mediterráneo, junto al cual blanqueaban las casas de la ciudad de Ajaccio, el paisaje era de una policromía fascinadora, digna de un cuento de hadas.

Verdeaba con exuberancia silvestre el bosque de Partedo, que a modo de cinturón de olivares, higueras y vides, circundaba, engarzándolo, el poblado encerrado en las murallas del castillo de Montemar.

Después, en su declive hacia el mar, los senderos serpenteaban entre riscos de mármol, entre cuyas sonrosadas grietas anidaban tórtolas y gorriones.

De vez en cuando, alguna humilde casita de pastores, con su techado de bálago y sus muros enjalbegados, daba mayor apariencia de pesebre navideño al panorama.

El día era luminoso, y la primavera embalsamaba el aire con el peculiar olor a tierra recién mojada por el rocío de la madrugada.

Pero también perfumaba la atmósfera límpida, el sin igual aroma de las rosas y mirtos del bosque de Farnedo.

No obstante la esplendidez del día, un observador perspicaz habría percibido algo anómalo en el paisaje. Y era la ausencia total de vida. Nadie deambulaba por los senderos; no se veían, como era habitual, los rebaños apacentando, ni los mercaderes viniendo de la ciudad, o los aldeanos yendo hacia Ajaccio.

Todo síntoma de vitalidad parecía extinguido. Cuantos habitaban extramuros de la fortaleza de Montemar habían acudido, en busca de protección al castillo en anteriores días.

Porque en el horizonte, a espaldas de Montemar, una línea de cenizas parecía apuntar como saeta ruinosa de diez palacios, la trayectoria de los Hermanos Corsos, la asociación de bandoleros, que, mandados implacablemente por el feroz y sanguinario Dago Corsi, albergábase ahora temporalmente en el semiderruido castillo del Duino, achaparrada construcción que asentábase en colina meridional, a cinco leguas de Montemar.

En las almenas del castillo de Montemar, los soldados en pie de guerra, preparados los pertrechos como para resistir un próximo ataque, mostraban cierta nerviosidad, cuchicheando entre sí.

El comentario era unánime: hacía tan sólo media hora que el propio Dago Corsi había penetrado en el castillo incruentamente, para ser recibido por madona Altiera, condesa de Montemar y dueña y señora de aquellos dominios desde la muerte del conde, viudo en extrañas circunstancias.

Callaban los soldados cuando acercábase dos personajes que transitaban por el primer círculo del reducto amurallado.

Uno de ellos era el encanecido Giovan Fierro, capitán de armas al servicio de los Montemar, desde veinte años antes.

El otro era el renombrado condotiero Ugo Paolo Renzo, el mayor de los tres hermanos del mismo apellido, separados por discordia de *vendetta*. Le apodaban «Faciatosta», con respeto y glorificación, por su cara quemada horrorosamente en combate contra el invasor francés.

Cubríase el mutilado semblante con tela negra, dejando tan sólo visible la cuenca de una pupila mortecina, que pa-

recía apagada a toda ilusión, desde que el odio había presentado su fea carátula entre los hermanos Renzo.

Pero una ilusión, por todos sabido, existía en la vida de «Faciatosta»: sacudir de Córcega el yugo de las continuas invasiones genovesas, que ahora, en un paréntesis de calma relativa, y por mediación de la poderosa Banca de San Jorge, concertaban con los franceses hasta entonces sus adversarios, una alianza.

Otra ilusión albergábase en el corazón del rudo guerrero, que había sacrificado patrimonio, comodidad y placeres a la peligrosa existencia accidentada del condotiero al frente de un estandarte de cien hombres, fieles servidores de su casa.

Una ilusión que hasta entonces conservaba secreta. Le unía una gran amistad con el bravo y leal capitán Giovan Fierro... y aquella mañana sentíase el condotiero infinitamente triste...

—El amor a la patria, exige a veces, crueles sacrificios, Giovan. Para lograr la unión de todas las cuadrillas que desperdigan su acción, hemos tenido que intentar requerir el prestigio infame de Dago Corsi. ¿A costa de qué? A costa de la insana pasión que madona Altiera ha inspirado a ese buitre...

Giovan Fierro parecía un rudo soldado carente de toda intuición. Pero hacía ya tres años que había adivinado la oculta y callada ilusión de Ugo Paolo Renzo, el que estaba enamorado con toda la fuerza pasional de un hombre que nunca tuvo amores, y que es de temperamento sanguíneo y violento.

Por eso, irreflexivamente, puso su mano enguantada en mallas de hierro sobre el ancho hombro del condotiero. Y aquel gesto sentimental, hizo que Ugo Paolo Renzo mirara el rostro del capitán...

Y adivinó que su amigo conocía ya su secreto...

—No os aflijáis, Ugo, porque madona Altiera es inteligentísima, y sabrá mantener a distancia al buitre...

—Madona Altiera nunca tuvo amores, y al Cielo demos gracias, no es la coqueta dama amante de escarceos. Pero esa misma cualidad, la deja cual tórtola indefensa ante Dago Corsi...

Calló repentinamente el condotiero, y ahora fue su diestra la que se crispó reciamente en el hombro del capitán Fierro.

Por el reducto avanzaban las dos personas que eran objeto de los cuchicheos de los soldados, y de la conversación de los dos guerreros.

Luis Gallardo, el trovador español que suplantaba por su identidad física al verdadero Dago Corsi, avanzaba, y junto a él, apoyando su diestra en el antebrazo del apuesto y guapo aventurero, madona Altiera, ostentaba una extraña sonrisa de triunfo y gozo.

La fría y austera Altiera, la mujer de hielo, la serena belleza inmovible, parecía hechizada...

Y sintiendo que su corazón era estrujado por una mano ardiente, Ugo Paolo Renzo, inclinóse no obstante al paso de la condesa.

Luis Gallardo se detuvo unos pasos más allá.

—Perdón, mi dama: ¿es el soldado de faz cubierta el famoso Ugo Paolo Renzo?

—Sí. Y es mi mejor amigo, trovador —replicó ella, dulcemente.

—Déjame pues hablar con él.

Ella separóse para aproximarse a la almena y dedicarse a contemplar el bosque Farnedo, con mirada ausente, de extraño extravío gozoso.

Luis Gallardo vióse contemplado hoscamente por la pupila mortecina del condotiero.

Las dagas bordadas en su roja camisa, y la dureza que su semblante adquiría al enseriarse, daban fe de lo que un poeta florentino dijo del que era idéntico al trovador físicamente: «tiene sonrisa de arcángel, y furia de demonio».

—¿Eres tú Ugo Paolo Renzo, «Faciastosta»? —interpeló, identificándose acertadamente con el tono y el empaque autoritario del jefe bandolero.

—Soy —replicó, con recia voz, el condotiero.

—Aparta, capitán —invitó Luys Gallardo—. Lo que tengo que hablar con Renzo es privado.

Obedeció el soldado.

El Trovador y condotiero examináronse detalladamente. Y reconoció Renzo que era cierta la leyenda que calificaba a Dago Corsi como diabólicamente apuesto y seductor.

—Según me ha dicho la condesa, tú deseas que yo reúna a todos los jefes de cuadrilla que por el monte andan. Según parece, debemos unirnos para oponernos al ataque conjunto de franceses y genoveses.

—Así es.

—Y para ti nada cuenta, sino la patria.

—A orgullo lo tengo.

—Accedo a aliarme con madona Altiera, y puesto que el Gran Maestre de Ajaccio te ha dado plenos poderes, enviarás un emisario para que él sepa, que la Gruta de Anfitrite con su Lago de Venus, me van a pertenecer de ahora en adelante. Abandonaré el Duino, que tú puedes fortificar para que protegiendo a Montemar por retaguardia, sirva de doble bastión, y con mis piojos ocuparé la Gruta de Anfitrite, secretamente. Allí convocaré a los principales jefecillos, y cuando tú quieras, ve a visitarme.

A medida que con voluntario tono despectivo y autoritario iba dictando sus voluntades Luys Gallardo, el ya de por sí erguido condotiero, parecía ir creciendo de talla.

—¿Te escuece, Ugo Paolo Renzo, mi forma de hablarte? ¿Quieres o no pacto?

—Por Córcega, lo acepto.

—Entonces, recuerda que yo soy el que más fuerza tiene. Y ahora, pasemos a otra cuestión. Esta noche tenía yo cita en el Lago de Venus, e inesperadamente surgieron trece bravi. Dejé a uno sólo con vida, para averiguar quién me

tendió la emboscada con el ridículo intento de aprisionarme. ¿Y sabes quién era?

—No estaba yo allá.

—Era Sandra; tu linda hermana Sandra.

—Tiempo ha que no la veo.

—Lo sé. Pero ¿no tiene gracia, Ugo Paolo Renzo? Por un lado tú me acatas como temporal aliado, y por otro, tu hermanita me tiende lazo. Daré con ella... y si sabes rezar, hazlo, Ugo Paolo Renzo, porque según parece la adoras, aunque ella por venganza haya tomado el partido de los genoveses.

Inclinó la cabeza el orgulloso condotiero. Crispados los puños, cubierto de sudor cuerpo y rostro, se contuvo. Necesitaba la causa corsa el apoyo de aquel vil bandido...

—Nada más, «Faciastosta». Cuando lo deseas, ya nos veremos en el Lago de Venus. Allí mismo pienso ahogar a tu hermana por haber osado enviar *bravis* en contra mío.

Marchóse Luys Gallardo, convencido de que no hubiera actuado ni hablado mejor el propio Dago. Corsi.

Un rencor nuevo germinó en la noble alma del condotiero. Había jurado matar al que ahora, por necesidad política, tenía que soportar como aliado.

El bandolero que con ademán gentil de trovador, volvía a ofrecer su antebrazo a la mujer que él secretamente amaba. Y que acababa de afirmar que daría muerte a Alessandra Renzo...

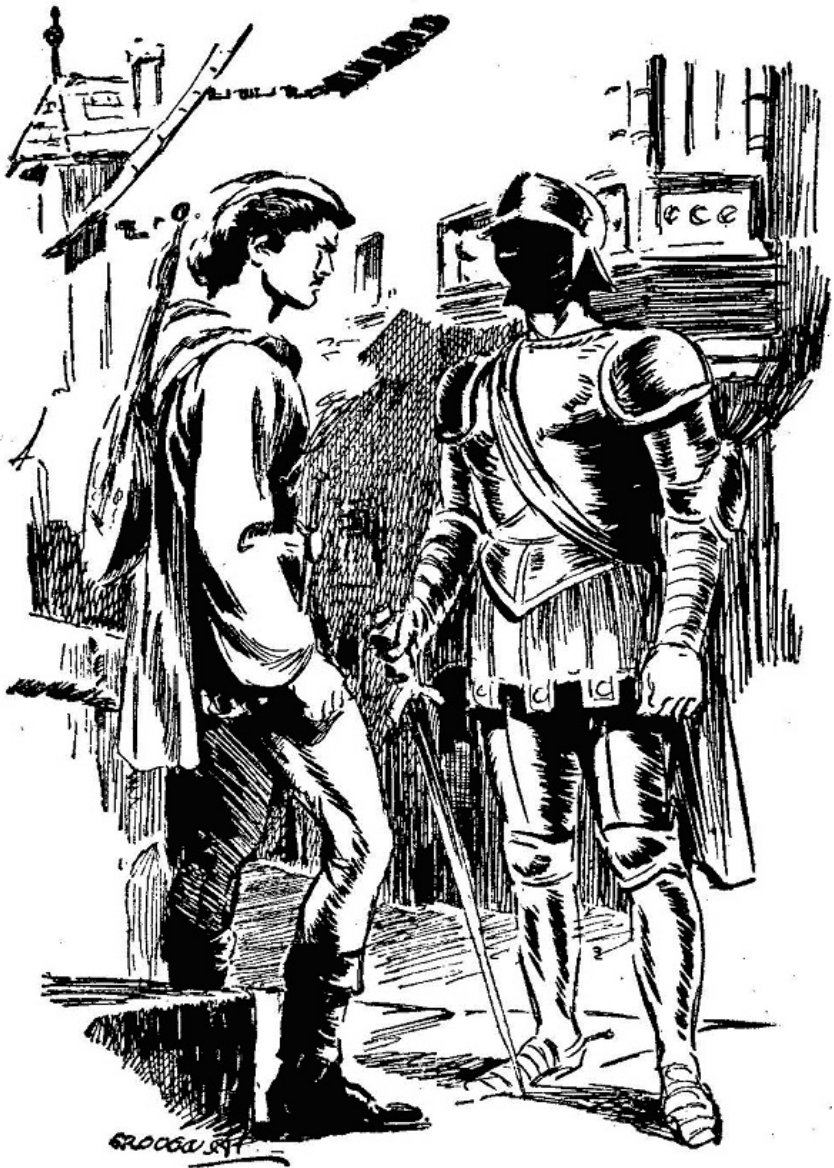
Madona Altiera repitió su orden al capitán Fierro.

—Messer Corsi y yo solos, iremos al bosque Farnedo. No quiero escolta. Y advertid a madona Alicia que estaré pronto de regreso.

Abrióse la poterna principal. Descendió el puente levadizo, y por él atravesaron el foso, la condesa y el trovador.

En la explanada, retador en su aspecto, un hombre de multicolor atuendo, con ojos felinos y mostacho de guías enhiestas, paseaba lentamente.

—Es Rasuni, el enviado de ese Abdul Hamez de que te hablé, mi dama —expuso Luys Gallardo—. Se ha convertido en mi sombra, y esta madrugada en el Lago de Venus, espalda contra espalda, me ayudó a enviar al infierno a doce *bravis*. Permíteme un instante.



—Yg nos veremos cuando lo desees en el lago de Venus.

Rasuni para los turcos, Delfín Lechuga, alias «Siete Vidas», saludó ampliamente con su chambergo a la que er-

guida, se mantenía separada.

Después, al aproximarse Luys Gallardo, se llevó los dedos a los labios.

—Boccatò di cardenale, messer Dago. Una real hembra...

—Te advertí ya, Delfín, que tu frescura confianzuda me puede encolerizar. Esta dama es un ideal que tengo.

—¿Ideal vos, messer Dago? Sois un cáustico que domina la ironía.

—Aguarda aquí mi regreso. La condesa desea, en mi compañía, recoger flores en el bosque.

—Ya os dije, messer, que por español soy muy galante, y, aunque azules son mis calzas, no quiero que largos se me pongan los dientes. Quedo vuestro rendido servidor, messer Corsi.

Alejóse Luys Gallardo, y ya cerca del bosque, Altiera de Montemar musitó:

—Creo va en ti, trovador... Cruel sería si me hubieras mentido...

—En cueva de difícil entrada para quien no la conozca, ahí está Bembo, mi escudero, vigilando al buitre encadenado. Bembo es un gran personaje. Me aprecia mucho. Es un cobarde asustadizo, pero me seguiría hasta el propio infierno... Es un cazurro asustadizo, y me huelo que envalentonado al sustituir al muerto Camorra fanfarroneará mucho...

* * *

Un brasero apenas cubierto de cenizas, desparramaba un fulgor rojizo en el inferior de la cueva.

Sólidamente amarrado contra la cóncava pared, sentado, Dago Corsi mostraba en su rostro toda gama de iracundas ferocidades que imaginaba pensando en los tormentos que algún día podría aplicar al trovador que le había apre-

sado y suplantado y al rollizo individuo que ahora sentado frente a él, le miraba con ojillos burlones.

Bembo, había sentido mucho miedo al encontrarse a solas con un cadáver, el de Rodrigo Camorra, y con el famoso y feroz Dago Corsi.

Después de enterrar al lugarteniente, fue poco a poco recobrando ánimos. Odiaba con toda cordialidad el trabajo y el movimiento, pero estaba decidido a servir lo mejor posible al misterioso trovador que dos años antes, nadando y con las espaldas surcadas por recientes marcas de latigazos, apareció en playa desierta donde él se hallaba marisqueando.

Y empezó a pensar en una gran verdad, que le había expuesto Luys Gallardo:

«El hábito hace al monje».

Si los bandidos no reconocían al suplantador, entonces... él, Bembo, apodándose por mandato de su amo, «Camorra», debía mostrarse rudo y valentón.

Tosió varias veces, y por fin, decidió ensayar un poco para compenetrarse con su nueva personalidad:

—¿Conque eres tú el invencible Dago Corsi? Bah... Tú eres un mentecato... Yo soy un piemontés de los recios, y con eso está dicho todo. Te voy a dar una lección práctica de fortaleza y coraje, y no me rechistes o... vas a saber lo que es bueno. No me digas que galleo porque estás atado, que yo, Bembo, no le temo ni al diablo.

—Desátame —dijo secamente Dago Corsi—. Los valientes se reconocen manos libres.

—No seas provocativo —replicó riendo, aunque no muy tranquilo, el rollizo Bembo—. Tú sabes que un piemontés, después que tiene piernas y brazos rotos, y dos estocadas a través del pecho, sólo entonces y no antes, se permite decir: «Verdaderamente... sí... creo que no me encuentro muy bien»...

Dago Corsi cerró los ojos. Era para él insoportable el pensamiento de cuantas humillaciones aguantaba, él, que

nunca las había sufrido.

—Lenguazas, ¡en pie!

Como si en sus posaderas hubiérase hincado un pincho, saltó en pie el gordinflón macizo.

—Saluda, malandrín, a mi noble dama la señora condesa de Montemar.

El saludo atribulado del escudero, pasó desapercibido para Altiera, que apoyándose contra la pared de la cueva como si temiera ser objeto de una pesadilla, contemplaba alternativamente a los dos «sosias».

Y vio cierta diferencia. El trovador era humano: el bandolero tenía el estigma de vilezas...

—Ahora lo ves con tus propios ojos, mi dama. ¡Éste es Dago Corsi! Mejor dicho, lo era. Porque ahora Dago Corsi soy yo, y por ti, mi dama, haré que los desalmados del Duino defiendan la causa que tú defiendes.

—¿Qué... piensas hacer con él, trovador?

—Por de pronto, amordazarlo de nuevo. ¡Cumple, «Camorra»!

—Presto, mi amo —obedeció, regocijado, el escudero.

—Colócale la capucha, que le deje abertura por donde respiren sus narices. Y ahora salgamos, mi dama, que apesta aquí dentro. Fíjate bien, «Camorra», que la capucha no debe revelar el menor rasgo de la cabeza de messer Corsi. Después, sal al exterior.

En el bosque, mientras ella iba aceptando las rosas que cortaba Luys Gallardo, éste expuso:

—Para mí sería un peligro el no contar con el buitre a buen recaudo. Esta noche exigiréis palabra de honor a vuestro capitán, condesa.

—Prefiero que me tutees, trovador. ¡No sabes cuán agradecida, te estoy! Por tu genial suplantación... me he evitado... —Y calló, sonrojada.

—Pedirás a tu capitán su palabra de honor. Y le acompañarás aquí a que recoja al prisionero encapuchado, que harás encerrar en mazmorra.

—Es un vil canalla que no merece seguir viviendo.

—Es que lo necesito con vida, por si alguna vez tengo que demostrar que no soy Dago Corsi.

—Comprendo. Haré lo que dices, trovador. Giovan Fierro me es fiel. Y en la más recóndita mazmorra, cubierto con túnica de sayal y encadenado, oculto el rostro bajo casco, nadie sabrá que Dago Corsi, el verdadero, está en mi poder.

Bembo apareció con su cansino andar.

—Volvamos al castillo, mi dama. Que tengo que recoger a Rasuni.

—Por favor... —suplicó ella, en voz baja—. No corras más riesgos de los precisos, trovador... Te tengo... me eres simpático... por tu desenfadada manera de ser generoso y audaz... ¿Y si en el Duino alguien adivina la suplantación? Sería horrible...

—No temas, mi dama. ¡Sólo para ti no soy Dago Corsi! Esto has jurado. A nadie revelar que yo, un errante trovador, he tomado la personalidad de Dago Corsi.

—A nadie, ni a mi propia hermana, ni al capitán Fierro, lo diré. Lo he jurado.

—Y si te hablan ellos mal de Dago Corsi, recuerda tú que Luys Gallardo es tu esclavo.

Rasuni volvió a saludar profundamente al paso de Altiera. Y ella, antes de atravesar la poterna, volvióse...

En sus ojos alentaba un mundo de promesas.

—¡Bravísimo, messer! —dijo Delfín Lechuga—. Un paseo, unas rosas, y la dama es todo vuestra. Pero... ¿quién es este gordinflón...?

—Cuidado, Rasuní —dijo, sonriendo, Luys Gallardo—. Este hombre es mi nuevo lugarteniente: Bembo «Camorra». Se mata, con su sombra. Le he visto pelear, y contra diez soldados, empleando por arma un tronco de árbol, los despanzurró en menos que canta un gallo. Es un cafre, es un ogro...

Y vióse que pese a su aplomo, le impresionaba el panegírico que estaba haciendo quien para él era Dago Corsi, el indomable, del recién llegado.

Y Bembo, conoció una nueva embriaguez: la de sentirse temible. Frunció el entrecejo, y con voz que hizo ronca saludó:

—Si mi amo con amistad te trata, igual haré. Pero ten presente, Rasuni, que no acepto burlas sobre mis carnes.

—Perdona, Bembo Camorra —dijo el español—. Quiero que seamos amigos.

—Lo seremos —admitió, condescendiente, el piamontés— si mi amo así me lo ordena.

—Basta de intercambiar amabilidades —atajó Gallardo—. Vamos hacia el Duino, que allá me esperan impacientes mis piojos.

Echaron a andar Gallardo y el enviado de Abdul Hamez. Tardó unos instantes en hacerlo Bembo.

Todo su arranque de euforia, al verse casi humildemente suplicado por el retador «Siete Vidas» desaparecía ahora...

Miró con aprensión la masa lejana del castillo del Duino... rebosante en su interior de malvados asesinos...

¿Y si los bandidos, por cualquier circunstancia, adivinaban la suplantación?

Echó a andar, pero abatido y temeroso. La realidad era que por más inteligente que fuera Luys Gallardo, y por más decidido y temerario que su temple fuera, ignoraba totalmente la vida anterior de Dago Corsi, y hasta el nombre de sus hombres.

El piamontés, a medida que iban aproximándose a los riscos sobre los que se sustentaba el Duino, a pesar de rodear su cinto el arsenal de armas del difunto Camorra, sudaba con creciente pánico.

Envidiaba la serenidad de Luys Gallardo, que ya en la base de los peñascos, repentinamente, lanzó el terrible alarido con que Dago Corsi reunía a sus bandidos.